



DECENARIO AL ESPÍRITU SANTO (DÍA 6º)

Sexto día del decenario al Espíritu Santo en el que continuamos el comentario de la secuencia de Pentecostés, de ese himno que llamamos *Veni, Sancte Spiritus*. Habíamos dicho: «*Mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro. Mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento*».

Me quiero centrar especialmente en esto: ¿hasta qué punto necesitamos del aliento del Espíritu Santo para no ser subsumidos, esclavizados, arrastrados, vencidos por el poder del pecado? Fijaos, la tradición católica ha distinguido tres fases en nuestro camino hacia la santidad: la fase purificativa, la fase iluminativa y la fase unitiva. Los grandes manuales de la espiritualidad, de la teología espiritual, así lo dicen: tres vías, la vía purificativa, iluminativa y unitiva. En la primera, en la purificativa, sobre todo, se habla de la importancia de apartarnos del pecado, romper con el pecado, apartarse del pecado como de la peste, y resistir el influjo de la concupiscencia que nos inclina al pecado. Hablaremos de ello ahora. La siguiente fase, la iluminativa, es en la que ya no se trata únicamente de resistir al mal, al pecado, sino que nos da la gracia de procurar el bien. No solo evitar el mal, sino procurar el bien, fortalecer la caridad. Y la última es la fase unitiva que nos permite gozar de la intimidad de Dios. Estas tres fases en el fondo, vía purificativa, iluminativa y unitiva, coinciden con el salir, acercarse y descansar.

Pero podría ser un error creer que son fases que se superan al pasar a la siguiente como si la anterior ya quedase olvidada. No es así; nuestra lucha contra el pecado está muy viva y presente en todos los momentos de nuestra vida. No es una cosa de principiantes, no. Los grandes místicos en la última etapa de su vida también han tenido como principal batalla de su vida la batalla contra el pecado. Es la batalla de todos nosotros, y en la medida en que nos unamos más a Dios, en que seamos iluminados por Él, tendremos también más capacidad para poder vencer ese gran influjo de esclavitud que tiene el pecado. Sí, «*mira el poder del pecado*», dice esta secuencia, «*PODER del pecado cuando no envías tu aliento*». El pecado tiene un gran poder en nosotros.

¿Acaso querer es poder? ¿Solamente con decir «yo no quiero pecar», solamente por tu voluntad vas a ser capaz de vencer al pecado? ¿Crees eso? Sería un gran error si lo pensases. Fíjate que en el Padrenuestro decimos: «*No nos dejes caer en la tentación*». Sin la gracia de Dios, sin la gracia del Espíritu Santo, con nuestras solas fuerzas, con nuestra sola voluntad, no somos capaces de resistir a la tentación, por muchos motivos, entre otros, porque también en nosotros se han generado esclavitudes, hábitos adquiridos difíciles de desarraigar. El pecado en nosotros ha hecho el influjo de que, cuando las aguas torrenciales han caído por la ladera, han

abierto surcos; y es muy fácil suponer que las próximas veces que vuelvan a caer, seguirán por ese mismo surco abierto por el que ya es fácil que corra el agua. Pues así ocurre en nosotros: ha habido hábitos adquiridos difíciles de desarraigar. También en nosotros existen tendencias naturales que en sí mismas no son pecado, pero que nos inclinan al pecado; es lo que se llama la concupiscencia. La concupiscencia no es pecado en sí misma, pero nos inclina al pecado. ¿En qué se traduce la concupiscencia? Pues entre otras cosas, si se me permite la expresión, la concupiscencia se traduce en que solemos tener un problema con nuestro paladar espiritual: a veces las cosas pecaminosas nos resultan atrayentes, atractivas, y sin embargo las cosas santas nos resultan a veces insípidas, sosas o aburridas. Es un problema de paladar muy serio que lo pecaminoso te resulte atrayente y que lo santo, sin embargo, te resulte más insípido, más aburrido; es un problema de paladar. Es consecuencia de la concupiscencia, de esa concupiscencia que hace que uno tenga un desorden en la búsqueda de placer o una cierta complacencia con el orgullo, con la vanidad. Todo eso supone que el pecado tiene poder en nosotros. Los Padres de la Iglesia incluso hablaron de los *logismoí*. ¿Y qué son los *logismoí*? Los *logismoí* son pensamientos con los que el maligno nos bombardea, pensamientos que nos quieren apartar del camino de Dios, pensamientos de desesperanza: «Soy una porquería, no valgo para nada». Pensamientos que a modo de dardos están queriendo infligir en nosotros desesperanza. Eso es *logismoí*, dicen ellos, y tienen una gran fuerza; pueden llegar a dejar al hombre interiormente tocado, y el hombre necesita la fuerza del Espíritu, la inspiración de Dios para poder responder a esos *logismoí*, a esos pensamientos desesperanzadores que nos inclinan al pecado. El hombre necesita esa iluminación del Espíritu que hace presente la Palabra de Dios que responde a esos pensamientos de nuestro entendimiento, a esas inclinaciones de nuestra voluntad que nos están induciendo al pecado.

Por eso, sí, el pecado es poderoso; no lo debemos negar. El que se crea seguro, tenga cuidado no vaya a caer. Lo dice la Sagrada Escritura: el que se crea seguro con toda seguridad caerá. Nosotros tenemos conciencia de nuestra debilidad. «*Mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento*». Por eso nos presentamos delante del Espíritu Santo como mendigos de su asistencia, de su luz, de su fuerza, para que nos arranque, nos libere de todas las esclavitudes que el pecado haya podido generar en nosotros, de todas esas insidias por las que nos ha restado libertad. El Espíritu Santo nos quiere hacer libres con la libertad de los hijos de Dios para poder glorificarle, amarle sin ningún tipo de atadura. Te invito pues a que te unas conmigo en esta oración de la Secuencia:

Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre, don en tus dones espléndido, luz que penetra las almas, fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquecéenos. Mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, toma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones según la fe de tus siervos. Por tu bondad y tu gracia dale al esfuerzo su mérito, salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno.

Amén.